

y que nos causan daño porque son un pueblo fuerte, una nación más robusta. Si pudieran los mexicanos emigrar lejos de ustedes, sus políticos, políticos a quienes usted critica, no titubearían en emular a Nausítoo y llevar a su pueblo a una Esqueria feliz.

EL VISITANTE (*Irónicamente*): No lo dudo.

EL REVOLUCIONARIO: Ni dude tampoco que el empeño de los mexicanos conscientes es realizar en México una nación tan amada de los dioses que nunca llegue aquí la guerra. Oiga usted... Habla Nausícaa, la hija del rey de los feacios. (*Lee*): «Ni nació ni

nacerá el hombre que traiga la guerra al país de los feacios, porque este pueblo es carísimo a los dioses inmortales». La política latinoamericanista no tiende sino a construir un muro que nos resguarde de ustedes a todos los pueblos latinos del continente; nuestra actividad por esparcir cultura es como la de Nausítoo por servir a los dioses, que a los dioses se les sirve mejor haciendo mejores a los hombres; y se quiere también que la tierra quede repartida, precisamente como reza en Homero, el más grande poeta de Grecia, quien quiera que haya sido.

EL VISITANTE: Me interesa mucho. Usted es muy inteligente. Debiera escribir esas cosas. En los Estados Unidos se paga bien a un buen escritor, usted haría un capital.

EL REVOLUCIONARIO: ¿Cuándo nos entenderemos? ¿No ve usted que aquí lo que me importa es hacer patria y no dinero?

EL VISITANTE: Pero sin dinero no se puede vivir.

EL REVOLUCIONARIO: ¡Otra vez, el Cílope!

SALOMÓN DE LA SELVA

(De *La Antorcha*. México, D. F.)

EL *chotis* se muere, afirman algunos escritores españoles. Y lo dicen con un dejo triste, como si al desaparecer el típico baile se fuera también algo del ayer. Lo que ocurre es que Madrid, el Madrid de Chueca, de Bretón, de Chapí, se internacionaliza, se hace cosmopolita, y con la invasión de las cosas modernas van atenuándose las viejas costumbres. Esto puede ser una calamidad, o un hecho sin importancia, según el temperamento o la idiosincrasia de cada uno. Los literatos, gente que no acostumbra a ver con buenos ojos las transformaciones colectivas, claro está que no pueden alegrarse de que en España el *chotis* haya venido a menos, aunque tengo para mí que la mayor parte de los que se lamentan lo bailan muy poco, o nada. Pero a los *chicos* de jarana, a los que asisten a los bailes desprovistos de preocupaciones sentimentales o históricas, y al danzar exigen solamente ritmo, alegría y una compañera guapa, la cosa no debe inquietarles.

Es algo parecido a lo que pasa en el trópico: ¿Quién en Cuba, a no ser las mamás siempre propicias a añorar el pasado, se lamenta de que ya apenas se oiga el danzón en las mansiones de buen tono y en los hoteles y casinos de moda? Sin embargo, allá la desaparición del baile vernáculo no debiera dejarnos indiferentes, entre otras razones porque el danzón es un baile perfectamente concordante con nuestro clima, lo que no ocurre con el fox-trot, que está hecho para los países fríos o templados, y luego porque hay una gran diferencia de técnica, de estética o postura, de ritmo, entre el danzón y las danzas importadas del Norte. Pero no es ese el caso del *chotis* al relacionarlo con el propio fox, con el tango, con el vals o con la *java*, que son los bailes que triunfan ahora en las playas elegantes y en merenderos y verbenas. Bailar un tango en mitad de la calle o en el campo, o bailar

La muerte del "chotis"

un *chotis*, es igual para los bailarines, ya que el esfuerzo que todas esas danzas exigen es más o menos el mismo. Para ellos, lo esencial es que puedan llevarse, como se dice en el *argot* de los bailarines.

Convengo en que los extranjeros que viajan por España piensen de modo semejante a esos escritores que se duelen de la desaparición del *chotis*, pues una verbena atronada por el ruido del *shymy*, llena de parejas que se agitan epilépticamente al son del *jazz-band*, no tiene el sabor, ni la gracia ni el encanto que tendría si no se bailaran más que *chotis* y paso-dobles. Pero este criterio de los extranjeros no vale la pena de tenerse en cuenta, porque si fuera por los extranjeros, Italia no sería más que un viejo Museo a donde irían a aburrirse de luna de miel todos los recién casados del planeta, Suiza un inmenso Sanatorio de tuberculosos, Francia un albergue de apaches y de mujeres frívolas, Cuba una suerte de vasto cañaveral poblado de indios que fuman grandes tabacos y duermen en cómodas hamacas entonando canciones tristes. Al extranjero le incomoda que la realidad no corresponda a la idea que él se formó en su patria de los países que recorre. Le parece que lo han engañado, como si la Compañía del transatlántico o del tren que lo condujo le hubiese estafado su dinero. La psicología del turista es contradictoria y absurda: si no encuentra confort en los hoteles o si un conductor de *taxi* o un maletero le cobra más de la cuenta, dice pestes contra el gobierno que lo acoge, protesta del atraso, de la incultura nacional. Pero si después encuentra que en otros órdenes de la actividad social aquel país es igual a todos, que ya no hay en él espectáculos «fuertes», visiones tremebundas, «color lo-

cal», entonces se va desilusionado...

Esto le explica a uno la actitud un poco despreciativa, irónica, de los italianos cuando ven invadidas sus calles por esas copiosas caravanas de turistas que, en una semana, pretenden ver las más ocultas bellezas de Florencia y admirar todos los monumentos de Roma. ¿Cómo ha de sorprendernos que uno de los primeros gestos de Benito Mussolini al ocupar el poder fuera declarar que él se proponía terminar con la Italia de los Museos?

Por lo que respecta a España, o al *chotis*, confieso que si yo fuera español, no me inquietaría lo más mínimo que el típico baile se excluyera de los lugares de regocijo. La característica de la civilización es la uniformidad. En un grupo de pueblos progresistas, forzosamente ha de vivirse de acuerdo con un patrón común. Y esto, que a la larga resulta si se quiere monótono, entraña no obstante cierta preparación, acusa flexibilidad espiritual para plegarse a fórmulas de cultura reconocidas y aceptadas como las mejores. Muy lejos de querer sostener con esto que sea precisamente el baile una actividad acusadora de progreso, y menos que él sea en sí, tal como hoy se practica, un símbolo de cultura. Examinado con detenimiento, acaso sería todo lo contrario. Mas resulta evidente que el no aceptarlo en la forma en que se practica en todas partes, nos permitiría por lo menos dudar de las condiciones de adaptabilidad, de preparación para otras exteriorizaciones más positivas del progreso de aquel pueblo que lo rechazara. De una sociedad moderna que se negara a dar carta de naturalización al fox, pretextando que deben seguirse bailando los mismos bailes que bailaban en su juventud los hombres que ahora tienen ochenta años, pudiera pensarse que, invocando idénticas razones, rechazaría también los aparatos higiénicos modernos, y el aeroplano, y el